

XI

COMIENZA EL VIAJE A LAS SEGOVIAS • EL ROCOSO CAMINO
DE LAS MONTAÑA • UN POBRE ALOJAMIENTO •
LA ROCA DE CUAPA • UTILIDAD DEL LARGO PICO EN CIERTOS PÁJAROS •
CAMOAPA • UN CURANDERO • ZOPILOTES • EL VUELO REMONTADO
DE LOS PÁJAROS • VIDA NATIVA, GENERACIÓN TRAS GENERACIÓN,
EN EL MISMO LUGAR • AUSENCIA DE NOMBRES DISTINTIVOS PARA LOS RÍOS •
LOS CARIBES TRUECAN RIFLES Y CACEROLAS POR PERROS •
LOS PERROS LAMPIÑOS DE LA AMÉRICA TROPICAL • DIFERENCIAS ENTRE
LA SELECCIÓN NATURAL Y LA ARTIFICIAL • CONSIDERACIONES SOBRE
LAS CAUSAS DE ESTERILIDAD ENTRE ESPECIES AFINES •
INCONVENIENCIAS DEL PELAJE EN LOS ANIMALES DOMÉSTICOS
DE UN PAÍS TROPICAL



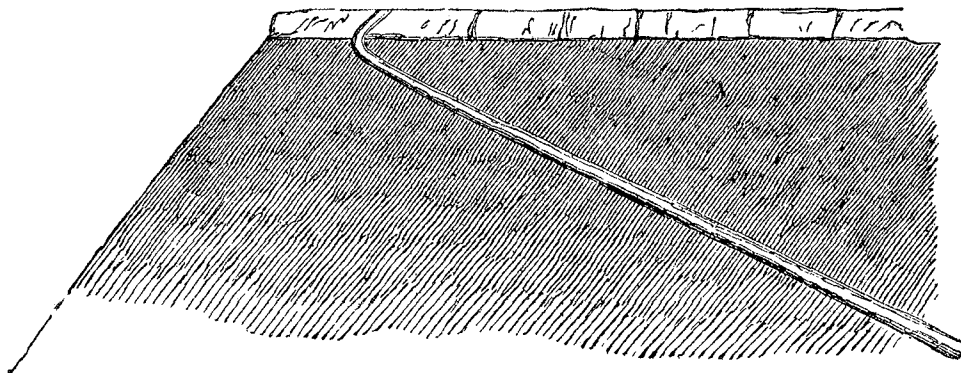
EN JULIO DEL MISMO AÑO (1872), realicé el viaje más largo que haya emprendido en Nicaragua. Por algún tiempo había sido difícil conseguir trabajadores nativos para nuestras minas y como pensábamos ampliar nuestras operaciones, fue necesario averiguar si podríamos conseguir más trabajadores. Casi todos nuestros mineros procedían de la altiplanicie de la provincia de Segovia, cerca del límite con Honduras. Los chontaleños son más que todo vaqueros acostumbrados a cabalgar tras el ganado, y no les tienta, a pesar del salario más elevado que pueden obtener, engancharse en las laboriosas faenas de la minería subterránea.

Los segovianos por el contrario, han sido mineros desde tiempo inmemorial y este es el tipo de trabajo para el cual mejor se prestan. A menudo había deseado averiguar por mí mismo la cantidad de trabajadores que se podría conseguir, pero el viaje era tan largo y tan engorroso, que no fue sino hasta que la necesidad se hizo urgente que resolví emprenderlo.

Resuelto el viaje, me alisté. Llevaba a Rito, mi criado mestizo; Velásquez se juntaría conmigo en el camino. Una mula cargaba nuestro equipaje, que consistía en algo de pan, tapetes, carpas, mudas y hamaca. Salimos a las siete de la mañana del 11 de julio y, como era lo usual progresamos muy despaciosamente a través de la selva, hasta El Pital, a causa de lo pésimo del camino, que estaba peor que cuando lo habíamos pasado hacía un mes. Al llegar a las sabanas avanzamos con mayor rapidez. Seguimos el camino de Juigalpa hasta unas dos leguas más allá de La Libertad, donde doblamos al norte, tomando un sendero que conducía hacia las cordilleras montañosas. Este camino era muy rocoso y empinado; subíamos y bajábamos sin cesar y como llovió toda la tarde, el paso de nuestras bestias era muy inseguro. Yo iba en un caballo que no tenía el paso ni la precaución de la mula, el cual tropezaba con frecuencia en las inclinadas y resbalosas pendientes.

En algunos lugares el camino conducía a lo largo del angosto filo de una colina encorvada; en otros subía o bajaba zigzagante por laderas precipitosas. Al llegar a un lugar, por poco sucede una desgracia; trepaba por una de esas empinadas colinas, en cuya cumbre había un manto rocoso o laja que había que saltar perpendicular a la dirección del angosto sendero que bordeaba la ladera de la colina. Apresté mi caballo para el brinco pero resbaló sobre la roca lisa y cayó. Si hubiera retrocedido hacia el angosto sendero, habría rodado guindo abajo por abruptas pendientes. Intentó otro salto, cayendo de nuevo, pero esta vez con sus patas delanteras sobre la roca. En el tercer intento trepó forcejeando y me llevó con toda seguridad sobre la cumbre, pero confieso que para entonces temblaba sobre mi montura.

Mi sombrero de paja se cayó en la pugna y rodó alegremente por la quebrada, hasta que lo detuvo un matorral, para satisfacción de Rito a quien le esperaba una larga persecución tras de él.



El camino y el saliente rocoso.

Teníamos una hermosa vista desde la cumbre de la cordillera, la cual se extendía sobre profundos valles, encerrados entre farallones precipitosos y cubiertos por oscuros parches de bosques. Sobre nuestras cabezas se cernían nubarrones empujados desde el noreste, algunos de los cuales ocultaban a veces las cumbres de las montañas y se entreabrían en otras, para dejar ver los peñascosos riscos.

Las bestias estaban cansadas por lo áspero del camino y nos conducían despacio. Al atardecer llegamos a la vista de la roca de Cuapa, peñasco perpendicular y aislado, que se levanta unos trescientos pies sobre la cumbre de una colina a la que corona. Después de bajar por una larga serranía a pique,¹⁰⁸ arribamos al anochecer a un ranchito, llamado La Tablazón, donde decidimos pernoctar, a pesar de que las facilidades de alojamiento eran de lo más insuficientes. Un hombre y su esposa, cinco niños

¹⁰⁸ Las cuchillas de San Francisco, al occidente de La Liberad (NT)

y una moladora de maíz, vivían en el rancho, abierto a los lados, sin siquiera una cerca para mantener fuera a los cerdos. Uno de los extremos, con paredes de lodo, de unos diez pies cuadrados, estaba dividido del resto y servía de dormitorio a toda la familia. Tanto la gente como la casa eran muy sucias. El único mueble lo constituían los restos de una silla quebrada y unos rudos camastros hechos de cuatro estacas sembradas en el suelo, que sostenían dos largos travesaños, completados con dos más pequeños en los extremos, formando un marco sobre el que se extendía un cuero seco.

Se me ofreció uno de estos camastros por la noche y lo acepté, pero hubiera preferido dormir afuera si no hubiese sido por la lluvia, pues todo alrededor era sucio y estaba mojado. Había caído la noche, nuestras mulas y el caballo estaban cansados; nosotros fatigados, y no había otro refugio en varias millas a la redonda. La pobre gente no tenía comida que vendernos y parecía no tenerla ni para sí misma, salvo unas cuantas tortillas y un poco de queso de elaboración casera. Sacamos alguna carne en conserva que llevábamos; mientras cenaba, la familia me rodeó aparentemente sorprendida de verme comer con tenedor. Por fortuna también portábamos candelas, de lo contrario hubiéramos estado a oscuras, pues no tenían luz ni parecía que usaran candelas, ya que no tenían candeleros y los chicos de los dueños de casa se turnaban para sostenerlas. Todos usaban ropas de algodón, rasgadas y sucias, que medio los cubrían. Criaban unas cuatro vacas, cerdos, perros y aves de corral. La tierra alrededor era fértil, pudieran sacarle más provecho si la cultivaran y sin mucho problema podrían cosechar casi cualquier cosa; pero la plaga de Centroamérica—la calamitosa ociosidad—se había apoderado de ellos y se mostraban satisfechos de vivir en su escuálida pobreza antes que trabajar.

Estábamos tan cansados que a pesar de lo miserable y apretujado del alojamiento dormimos profundamente. Pero al rayar el alba estábamos en pie y prestos para continuar nuestra jornada, después que Rito hizo un poco de café y compensó a nuestros

albergadores por el hospedaje. El paisaje alrededor era muy bello y bien podía compararse a un paraíso terrenal: por el nordeste descendía un espolón de la selva hasta una milla de la casa; enfrente se levantaban colinas zacatosas, matorrales y árboles, con una borbollante quebrada en el fondo; y más allá en la distancia se distinguían las montañas cubiertas de floresta. Como de costumbre, la familia tenía un animal domesticado; en efecto, antes de partir apareció un bello cervato que salió del bosque en busca de alimento, y nos miró suspicazmente con grandes y soñolientos ojos, sacando la cabeza entre sus hombros. La mujer nos dijo que tenía una compañera salvaje en el bosque y que a diario los visitaba sin temor a los perros que, reconociéndolo, no le molestaban.

El camino se mantenía a pocas millas de la oscura selva atlántica; los nubarrones descansaban sobre la cordillera, escondiendo más de lo que dejaban ver, dándole un aire de grandeza a la escena. Era tanto lo oculto que la mente divagaba imaginando que detrás de esas nubes se escondían encumbradas montañas e impresionantes riscos. La ruta pasaba a poca distancia de la roca de Cuapa, y dejando el caballo con Rito, trepé hacia ella. Una arista por el oriente llegaba a unos doscientos pies de la cumbre, marcando el límite de lo accesible. Ascendí hasta la base de la roca café, cuyos farallones perpendiculares se erguían sobre mí; por todos lados había parches grises, donde los líquenes se aferraban a la roca, y las orquídeas, helechos y matas crecían no sólo sobre los farallones sino también sobre algunos arbustos achaparrados, al pie de la roca. También descubrí debajo de algunas rocas caídas un bonito licopodio acurrucado y dos curiosos helechos, *Aneimea oblongifolia* e *hirsuta*, con las masas de esporas sobre los pedúnculos que se levantan de las pínulas. La roca tenía la misma composición que la de Peña Blanca, pero la vegetación era completamente diferente. Por el suroeste se extendía un bello paisaje, hacia el valle de Juigalpa y el lago, con Ometepe a la distancia, mientras en el primer plano se destacaban algunas colinas en forma de morros. El tiempo estaba claro y algunos

blancos cúmulos navegaban sobre el océano azul del cielo. La escena *no tenía exactamente un carácter tropical*, salvo por tres bulliciosas lapas que revoloteaban juguetonas, mostrando primero el rojo de su vientre y volteándose después en un solo cuerpo para exhibir al sol el primoroso azul, amarillo y rojo de sus espaldas, chillando con ásperos y discordantes sonidos mientras volaban. Estas vistosas y bulliciosas aves parecen proclamar de viva voz que no temen a ningún enemigo. Su formidable pico las protege de todo peligro y no existe gavilán o mamífero rapaz que se atreva a atacar a un pájaro tan poderosamente armado. No tienen necesidad de encubrirse y la selección sexual no ha restringido en ellas el desarrollo de los más brillantes y llamativos colores. Si la lapa no tuviera confianza en su pico, sus chillidos atraerían a sus enemigos, que la descubrirían por sus brillantes colores y acabarían con ella. La blanca cacatúa de Australia es otro ejemplar similar: su color blanco puro la destaca entre el follaje verde oscuro y su agudo chillido proclama desde lejos el lugar donde posa, con la confianza de que su poderoso pico la protegerá de todos sus enemigos, salvo del hombre. Los chocoyos, más pequeños, tienen un pico que no es bastante fuerte para protegerlos de sus perseguidores; por eso, en compensación, la mayoría está coloreada de verde, lo que dificulta descubrirlos entre las hojas. He mirado por varios minutos un árbol donde estaban posados docenas de pequeños y verdes chocoyos, haciendo un incesante ruido, sin poder distinguir ninguno. Yo recuerdo que una vez en Australia disparé contra lo que creí era un loro solitario, entre un manajo de hojas, y para mi sorpresa cinco loros verdes cayeron al suelo, pues el manajo de aparentes hojas lo constituían ellos.

Creo que el principal uso del largo y prominente pico del tucán es también el de un arma para defenderse de sus enemigos, sobre todo cuando anida en el hueco de un árbol. Cualquier animal rapaz tiene que enfrentar su formidable pico si intenta forzar la entrada al nido; y sé por experiencia que el tucán lo usa con gran rapidez y eficacia. En un tiempo crié la especie juvenil del

mayor de los tucanes nicaragüenses, *Ramphastus tocard*,¹⁰⁹ hasta que un día vino al alcance de mi mono, quien lo mató. Se trataba de un pájaro de aspecto muy cómico cuando brincaba y, aunque gustaba de las frutas, estaba más ansioso por cucarachas y otros insectos, a los que extraía de ramuras y esquinas usando su largo pico. Lo manejaba con tal destreza, que era imposible acercarle la mano sin ser picoteado y al golpe goteaba siempre la sangre. Los pájaros en los trópicos necesitan poseer algún sentido especial para proteger sus nidos, si consideramos el gran número de mamíferos rapaces, monos, mapaches, comadrejas, etc., que en todo tiempo saquean los nidos y devoran huevos y pichones. He mencionado el gran peligro que representa el ataque de los inmensos ejércitos de hormigas guerreadoras, y la importancia de disponer de algún medio para picotear a las de vanguardia, impidiendo que regresen e impregnen el camino, por donde avanzará el cuerpo principal, ante cuyo número no hay resistencia.

Después de dar vuelta a la roca sin encontrarle acceso, bajé a juntarme con Rito y seguimos el camino. Cruzamos entre colinas y anchos valles, cubiertos de zacate, donde pastaba un poco de ganado entre chozas dispersas, pues el lugar es escasamente poblado. Paramos para desayunar en una casita en la cumbre de una serranía rocosa, donde nos prepararon algunas tortillas. Como de costumbre, vivían en ella tres o cuatro familias juntas, con gran número de niños. Los hombres andaban en un claro al borde de la selva, a unas dos millas, buscando milpas o sembríos de maíz. La casa, aunque pequeña, era más aseada y ordenada que las que habíamos visto y el mobiliario podía precisarse de una mesa y unas pocas sillas, lo que nos daba la impresión de estar en casa de un adinerado. El cielo raso era un tabanco hecho de cañas de bambú, sobre el que se almacenaba maíz. Las mujeres, hermosas, parecían descendientes casi puros

¹⁰⁹ Ver nota 73.

de españoles, lo que quizás explica la presencia de sillas y mesas, así como también la ausencia de jardín alrededor de la casa, al contrario de los indios que desprecian los muebles, pero prefieren los jardines.

Terminado el desayuno casero montamos de nuevo; cruzamos más serranías rocosas y pasamos varios ranchos rodeados de naranjales, y a eso de las dos de la tarde llegamos al pueblecito de Camoapa, donde decidí esperar por Velásquez. Buscando donde hospedarme, encontré la casa de una mujer que había vivido en Santo Domingo, quien se mostró gustosa de recibirnos; aunque después descubrimos que alojaba más viajeros de lo que podía acomodar.

Habiendo dado muerte a un bello guardabarranco que encontré en el camino, procedí a despellejarlo, para diversión y deleite de una docena de mirones, quienes parecían sorprendidos por mi propósito de conseguir el “cuero” del pájaro, ya que solamente habían visto despellejar venados y vacas. Un curandero alojado en la casa insistió en ayudarme y como la piel de este pájaro es muy gruesa, lo hizo sin mucho daño. El ave estaba muerta desde la mañana y como alguien hiciera notar que ninguna sangre brotaba durante la disección, el curandero dijo, con aire de sabio, que esa clase de pájaros no tenía sangre y también sabía de otra clase que tampoco la poseía, afirmación a la cual el auditorio asintió con un satisfactorio “como no.” También nos dio a entender que en tiempo atrás había despellejado pájaros y, como a todas luces lo consideraban una autoridad en cualquier disciplina sus modestos paisanos, no estaba dispuesto a permitir que su reputación sufriera ante un extraño arribado a Camoapa, que no debía saber más de lo que él sabía. Después de despellejar al pájaro y de poner la piel a secar, di un paseo por el pueblecito, descubriendo que lo componían chozas habitadas por mestizos, con una iglesia en ruinas y una plaza cubierta de malezas. En torno de algunas casas había mangos y naranjas plantados; sin embargo, se respiraba un aire de ruina y decadencia, y no era visible un solo signo de empresa o progreso. Velás-

que arribó al anochecer, después de cabalgar todo el día desde La Libertad. Una docena de viajeros colgamos nuestras hamacas en la pequeña habitación para huéspedes; ya acostados, parecíamos un grupo de grandes murciélagos colgando de las vigas. Ninguno pudo acomodarse sin perturbar al otro y al amanecer todos estábamos en pie. Ensillamos los animales tan rápido como pudimos y emprendimos nuestro camino.

La mañana era clara y bella, y la fresca brisa del nordeste nos abanicaba a medida que cabalgábamos jubilosos entre sabanas y colinas zacatosas. Muy alto en el cielo se remontaba una pareja de grandes zopilotes, flotando sobre el viento y describiendo grandes círculos. Desplazándose sin aparente esfuerzo, atisbaban desde su airosa altura la campiña por millas a la redonda en busca de carroña. Al igual que otros pájaros que se remontan, tanto sobre el mar como sobre la tierra, los zopilotes aletean para volar cuando el tiempo es apacible; pero cuando sopla la brisa usan su gravedad específica como punto de apoyo: presentan sus cuerpos y despliegan alas y cola al viento en varios ángulos, para navegar literalmente hablando. Muy a menudo he visto sobre los calmos mares del sur, cuando no se agita ni una brizna de aire y las velas se pliegan perezosas sobre los mástiles, a los albatros, petreles y palomas del Cabo, posar sobre el agua o levantarse con dificultad, manteniendo en constante movimiento sus largas alas para volar. Pero cuando la brisa sopla, son todos vida y movimiento, giran en airosos círculos, muestran un costado a la vista, luego el otro, y descienden rápidamente a favor del viento. Poco después, cuando la brisa se transforma en ventarrón, los petreles se disparan revoloteando ágilmente sobre el navío que se deslizaba veloz, a sus anchas, en alas de la tormenta, posándose sobre el viento tan instintivamente y con tan poco esfuerzo como el hombre se equilibra sobre sus pies. Los viejos tiempos acudían a mi recuerdo, a medida que cabalgaba por la sabana, y los encumbrados zopilotes llevaban mi mente a los revoloteantes petreles de las tormentas que se lanzaban al vuelo sobre nosotros cuando forcejeábamos contra el ventarrón para recoger las gavias, mien-

tras la tormenta rondaba sobre el agitado cabo austral, donde los grandes mares azules “relampagueaban verdes hacia las cumbres,” levantándose a cada lado, golpeando nuestro gallardo navío como una narria, estremeciéndolo con el soplo que descargaba espumantes nubes de proa a popa. Ahí estaban los petreles en su elemento, lanzándose por arriba y por abajo, de aquí a allá, todos vida y movimiento, como si su principal placer fuera, como Ariel, “montar sobre una encrespada nube y señalar la tempestad.”¹¹⁰

Viajábamos casi paralelos al borde de la gran selva, que distaba unas dos o tres millas a nuestra derecha; en otro sentido la vista quedaba limitada por serranías, algunas con zacate hasta la cumbre, otras con bosques que trepaban sobre sus laderas empinadas, excepto donde los blancos farallones no lo permitían. Pasamos por varios ranchos, con techo de zacate, habitados por indios semidesnudos, o por mestizos, que generalmente poseían unas pocas vacas y pequeños siembros de maíz, allá lejos sobre el borde de la floresta. Estas gentes, a pesar de disponer de una tierra fértil e ilimitada, estaban sumidas en lo que parecía una escuálida pobreza; pero tenían un techo sobre sus cabezas y alimento suficiente aunque ordinario. Nada más les importaba.

El camino pasaba a un par de millas al norte de la villa de Huaco,¹¹¹ donde se siembra gran parte del maíz de la provincia; más allá conducía a través de muchos valles pantanosos y las bestias tuvieron que forcejear bastante atolladas en el lodo. Pasamos por La Puerta, unas cuantas chozas indígenas esparcidas, y llegamos a un río llamado Aguasco, que corre hacia el este y que probablemente desemboca en el río Grande.¹¹² Unos pocos naranjos estaban plantados alrededor de algunas de las

¹¹⁰ El Duque de Argyll en su *Reign of Law*, trae excelentes observaciones sobre los pájaros que remontan y planean. Mis apuntes, paráfrasis de lo señalado arriba, figuran en mi diario, en 1852, pero son inéditos

¹¹¹ Boaco. (NT)

¹¹² Es el río Las Cañas o La Puerta, afluente del Olama, que a su vez es tributario del río Grande (NT)

chozas, pero en su mayoría las habitaban mestizos y sólo malezas crecían alrededor de sus ranchos. Sus siembros de maíz distaban algunas millas, sin que ello fuera motivo para mover sus casas más cerca de los plantíos, hacia el borde de las selvas. Siempre que preguntaba por la causa de esta inercia, me replicaban que sus mayores habían nacido en el lugar donde ellos vivían y que estaban muy apegados a esa localidad donde se habían criado. Posiblemente, cuando el lugar fue colonizado, la selva original estaba muy cerca y la aprovecharon aclarándola para sembrar el maíz. Desde esos tiempos se la ha hecho retroceder algunas millas al noreste, pero la gente sigue aferrada a sus viejos lugares, donde generación tras generación vivieron y murieron sus ancestros. En pocos días se podrían construir nuevas chozas cerca de la selva, pero ellos prefieren viajar varias millas diariamente, para ir y venir a sus siembros, antes que abandonar sus antiguas moradas.

Pasando el Aguasco atravesamos una planicie pantanosa, de casi una milla, donde nuestras bestias se hundían continuamente en casi tres pies de lodo. Esta planicie estaba cubierta con miles de guayabos, tan cargados de frutas que se podía hacer jalea de guayaba para el mundo entero. Después de chapalear a través del lodo cruzamos más sabanas y arribamos a un precioso valle, bien empastado y con hatos de buen ganado, caballos y mulas. El pasto, bien segado, parecía un campo de pastoreo de mi tierra. El terreno era allí más firme, lo que nos facilitó cabalgar con mayor rapidez. Una bandada de patos reales silvestres aleteaba pesadamente sobre la planicie; son parecidos a la raza doméstica. No me extrañaría que un cazador desistiera de dispararles, creyendo que se trata de patos domesticados. La variedad doméstica del pato real es muy prolífica y empolla más fácilmente que el pato común. He contado hasta veinte patitos nacidos de una sola pollada. Son de buena comida y ya crecidos tienen tanta carne como un ganso de tamaño mediano.

Estos llanos se extienden por varias millas a la redonda de la hacienda de ganado de Olama, a la cual arribamos al anoche-

cer. La casa cerca del río del mismo nombre era grande y entejada. Llama la atención que los nicaragüenses nunca den nombres distintivos a los ríos, llamándolos con los nombres de pueblos y caseríos que se ubican a sus orillas. Así por ejemplo, en Olama el río se llama Olama; más arriba, en Matagalpa, la misma corriente se llama río Matagalpa y por Jinotega pasa el río Jinotega. Los caribes que viven en los ríos, sin embargo, y navegan por ellos, dan a cada uno su nombre; pero para los indios agricultores y los mestizos del interior los ríos no son sino depósitos de agua, cruzados en puntos distantes por sus caminos, por lo que hay gran ignorancia acerca de las conexiones entre los diversos ríos, y sobre sus desembocaduras en el océano. Todas las corrientes en Olama corren hacia el este y se juntan para formar el río Grande, que alcanza el Atlántico a medio camino entre Bluefields y el río Wanks.¹¹³ El río Grande está incorrectamente trazado en todos los mapas que conozco de Nicaragua.

Los caribes¹¹⁴ que viven en el curso inferior del río, lo remontan ocasionalmente en sus canoas hasta Olama, llevando mosquetes comunes y cacerolas, que consiguen de los cortadores de caoba en la boca del río y suben a cambiarlos por perros. No pude adivinar qué hacían después con los perros, pero tanto allí como en Matagalpa me informaron del gran aprecio que los caribes dispensan a los perros. A pesar de que la gente en Olama expresaba gran sorpresa porque los “caritos,” como llaman a los indios del río Grande, se empeñaban en conseguir perros, nunca se les ocurrió preguntarles para qué los querían. Cierta gente a la orilla del río ha comenzado la crianza de perros para suplir la demanda. Los caribes prefieren los negros, que valoran más que los de otro color. Son capaces de cambiar un rifle o una gran cacerola por un simple perro, si éste es del color predilecto.

¹¹³ Nombre miskito del río Coco. El nombre aborigen del río Grande es *Kiwaska*, de origen sumu (NT)

¹¹⁴ Indios sumus, más bien. (NT)

Los perros corrientes de Centroamérica son de una raza barcina, no diferentes, según creo, de los de Europa. Viven, en cierto número, en las casas de los indios y salen a ladrar a los extraños, pero rara vez muerden.

Los perros lampiños que dice Humboldt abundan en el Perú,¹¹⁵ no son comunes en Centroamérica, pero a veces se encuentra uno que otro. En el puerto de Colón vi algunos; son de un color oscuro brillante y completamente sin pelos, salvo algunos pocos sobre la cara y en la punta de la cola. Los conquistadores españoles encontraron esta variedad tanto en Perú como en México. Sería interesante comparar estos perros con los dogos lampiños de China que, de acuerdo con Humboldt, han sido muy comunes desde los más remotos tiempos. De esta comparación se podría reconstruir algún otro eslabón de la rota cadena de evidencias que conecta a los pueblos de ambas culturas.

Clavigero dibuja un gran animal lampiño, de aspecto de perro, como uno de los animales indígenas de México. Los mejicanos le llamaban *xoloitzcuintli*, y Humboldt considera que, diferente del perro lampiño, era más bien una especie de perro lobo. El nombre no apoya este punto de vista, pues *xoloitzcuintli* significa literalmente “perro sirviente,” porque deriva de *xolotl* “esclavo o sirviente,” e *itzcuintli*, “perro.” También encontramos la palabra *Xolotl* en *Huexolotl*, nombre azteca del chompipe común, que domesticaron y cuya carne comían. Todo esto me hace concluir que *xolotl* era el término aplicado a cualquier animal que vivía en una casa o era domesticado y que el *xoloitzcuintli*, era simplemente una variedad de gran tamaño del perro lampiño. La descripción que hace Clavigero se adaptaría perfectamente al perro lampiño de la actualidad, salvo en el tamaño. Aquí era un perro de unos cuatro pies de largo, carentes de pelos, salvo algunos rígidos sobre el hocico, de color cenizo salpicado de negro y leonado.

¹¹⁵ *Aspects of Nature*, vol. 1, p 109

Tschudi habla de dos razas de perros indígenas en América tropical: el *Canis caraibicus* (Lesson), sin pelaje y que no ladra, y el *Canis ingae* (Tschudi), el piloso, hocico y orejas apuntados y ladrador.¹¹⁶ Al perro pequeño comestible de los mejicanos, lo llamaban *techichi* y Humboldt deriva el nombre de *tetl* “piedra,” y afirma que significa “perro mudo,” lo que parece más bien una etimología forzada. *Chichi* es la palabra azteca que significa “mamar”; y me parece más probable que el perrito comestible, del que cuentan los españoles poseía una carne suave y delicada, fuera el cachorro del *xoloitzcuintli*, y que *techichi* signifique “mamón.”

Si el perro lampiño es o no el *techichi*, del que los mejicanos hacían sabrosos platos, sigue siendo una cuestión aún no resuelta; de lo que no cabe duda es que dicho perro se encontraba en la América tropical a la llegada de los conquistadores, y que ha sobrevivido con poco o ningún cambio hasta el presente. Resulta también interesante que no se haya mezclado con la variedad común pilosa y conserve sus caracteres distintivos. Tampoco ha sido criado artificialmente, pues en lugar de cuidarlo, según Humboldt, los indios del Perú, donde abunda, lo desdeñan y maltratan. En tales circunstancias esta variedad sólo pudo subsistir sin mezclarse con la forma común, sea porque no le agradaba tal unión, sea porque es portadora de algún grado de esterilidad que se produjo durante la gestación. Esta observación favorece la deducción de que esta variedad se originó por selección natural y no por la artificial, pues la disminución de la fertilidad rara vez, o nunca, se adquiere entre estas últimas variedades.

El hombre aísla las variedades, cría y continúa seleccionando aquellos individuos que varían en la dirección que él desea conservar. De esta forma fomenta diferencias en un tiempo comparativamente corto. Pero estas variedades artificiales, aunque

¹¹⁶ J H Von Tschudi, mencionado por Humboldt, *Aspects of Nature*, edición inglesa, VOL I p III

difieren unas de otras más que entre las especies naturales, suelen mezclarse con facilidad, retrocediendo rápidamente hacia el tipo común que las precedió. En la selección natural existe una diferencia grande y fundamental. Las variedades que aparecen rara vez son distintas de la de los padres, y de las otras variedades, hasta tanto no cambien sus factores de reproducción. Miles de estas variedades posiblemente se reviertan hacia el tipo parental, pero si por lo menos una se produce con las características que le permitan entrecruzarse consigo misma, entonces podremos observar cómo una nueva especie surge y se segrega del tronco inicial. Siempre que estas variedades se entrecrucen entre ellas o con la forma parental, no existe posibilidad de que surja una nueva especie por selección natural, salvo en casos de aislamiento geográfico. Aunque los individuos variaran en cierta dirección no podrían separarse en dos especies distintas mientras vivan en la misma área y se aparejen sin dificultad.

Para que una variedad llegue a establecerse necesita separarse por completo de las otras o adquirir alguna desafección o inhabilidad para cruzarse con ellas. Siempre que se entrecrucen, cualquier posible divergencia se mantiene dentro de estrechos límites; pero si se origina una variedad cuyos individuos, mostrando alguna preferencia por aparejarse, presentan cierto grado de esterilidad cuando se cruzan con la forma parental, entonces los lazos que los unían al tronco común se desatan y aparecen las bases para la formación de una nueva especie. Cualquier divergencia adicional no se restringiría, o sólo lo sería parcialmente, pues una vez que los factores de reproducción han comenzado a variar, continuarán divergiendo de la forma parental, ya que Darwin ha demostrado que cualquier órgano que comienza a variar dentro de una especie, es capaz de continuar cambiando en la misma dirección.¹¹⁷ De esta manera una de las mejores comprobaciones de que dos formas afines han comenzado a diferir,

¹¹⁷ Ver *Animals and Plants under Domestication* vol. II, p 241

es la esterilidad que se manifiesta cuando se aparejan, y casi todas las especies afines separadas por barreras geográficas son más susceptibles de mezclarse que las que habitan la misma área. La selección artificial es más rápida en sus resultados, pero más inestable que la selección natural, pues los obstáculos que el hombre interpone para evitar el apareamiento de las variedades son temporales y parciales, mientras que los que establece la naturaleza son permanentes y completos, una vez que ha surgido la esterilidad.

Por estas razones creo que el hecho de que los perros lampiños de América tropical no se hayan mezclado con las formas comunes, restableciendo su pelaje, favorece la idea de que la variedad se produjo por selección natural y no por la artificial. Esto no significa que dicho perro se haya producido a partir de una variedad salvaje, ya que es posible que su domesticación haya sido un importante factor entre los que condujeron a su formación como especie; pero tampoco surgió como producto de una selección hecha por el hombre, que habría ido escogiendo y criando a los individuos menos cubiertos de pelo. No estoy de acuerdo con algunos eminentes naturalistas que ven siempre desventajas en la ausencia de pelos. Mi experiencia en los países tropicales me ha llevado a la conclusión de que, por el contrario, en esas regiones es desventajoso tener la piel cubierta de pelo, pues se puebla de insectos parásitos, que la piel desnuda desecha más fácilmente.

Nadie que no haya vivido y viajado entre los matorrales de los trópicos, puede apreciar el tormento que son las diferentes especies parásitas de ácarus o garrapata. En mi primer viaje al norte del Brasil se me inflamaron las piernas, ulcerándose desde el tobillo hasta la rodilla, a causa de la irritación que me causó una diminuta garrapata roja, que se adhiere al pasar por los matorrales. Este pequeño insecto,¹¹⁸ llamado *Mocoin* por los brasileños, es un gran tormento. Es tan chiquito que sólo puede perci-

¹¹⁸ Es realmente un arácnido (NT)

birse tras cuidadosa búsqueda y causa una picazón intolerable. Si la piel estuviera cubierta de un espeso pelaje, sería imposible espulgárselos.

A través de toda la América tropical abunda, durante la estación seca, una garrapata café, *Ixodes bovis*, cuyo tamaño varía desde una cabeza de alfiler hasta el de un guisante. En Nicaragua, en el mes de abril, son diminutas y abundan en las planicies, de tal forma que el viajero a menudo se encuentra cubierto de ellas. Estos insectos se alojan en la punta de las hojas y en las ramitas de los arbustos bajos, parados con sus patas traseras levantadas. Cada pata tiene dos ganchos o garras con las cuales se aferran de cualquier animal que pase sacudiendo los arbustos. Todo animal terrestre grande está sujeto a sus ataques. Las he visto sobre culebras e iguanas, así como en muchos pájaros grandes, especialmente pavones. Abundan tanto en los grandes mamíferos como en los pequeños. Los animales enfermos o débiles son infectados en especial, quizás porque no tienen fuerzas para rascarse y espulgarse, lo que les acelera, si no les causa, la muerte. Los vaqueros mantienen en sus casas una bola de cera suave; cuando vuelven de las llanuras se la restriegan sobre la piel: las garrapatas más pequeñas se pegan a la cera, mientras se espulgan las mayores. No sé cómo se las quitan si la piel es pilosa sólo me imagino que el tormento que causan estas garrapatas debe ser muy incrementado.

Existen otros insectos parásitos para quienes la abundancia de pelo y la protección que éste da es más favorable que para las garrapatas. Los *Pediculi* están adaptados para vivir en el pelo, con sus patas conformadas para agarrarse de él. Depositán sus liendres o huevos entre el pelo, afianzándolos en la base con mucha seguridad. Aunque los *Pediculi* son casi desconocidos entre las clases media y alta de las comunidades civilizadas, por la limpieza de las personas, ropas y casas, abundan entre los pueblos salvajes y semicivilizados. En las cabañas donde habitan perros salvajes, éstos están expuestos tanto al ataque de los insectos parásitos, como al de las lombrices, que abundan en

dichas localidades. Una leve inmunidad al ataque de los *Acaris* y *Pediculi* sería más beneficiosa en un país tropical que la pérdida del pelo, especialmente en el caso del perro doméstico que, por vivir apegado a sus amos no necesita salir a buscar comida por la noche y se encuentra por esto protegido de los ataques de animales más fuertes.

El hombre es la única especie entre los primates más evolucionados que vive meses y años, y a menudo de una generación a otra, en el mismo lugar. Los monos pernoctan en diferentes lugares casi diariamente; el orangután, que construye sus nidos entre las ramas de un árbol, hace uno nuevo cada noche. En cambio las habitaciones de los salvajes, revestidas a menudo con piel de animales, que se empolva con la tierra del piso, alojan toda clase de insectos y lombrices, produciendo y perpetuando enfermedades de la piel¹¹⁹ debido al ataque de las diminutas *Sarcopti*. Me sorprende saber que en un país tropical haya tantos perros pilosos, cuando uno de éstos, con sólo perder su pelo, adquiriría protección contra ésta o cualquier otra plaga. Es el hombre quien los prefiere pilosos por ser superiores en belleza y variedad, estimulando así su propagación.

¹¹⁹ El arador de la sarna (NT)

XII

OLAMA • EL SANATE • MUYMUY • OCIOSIDAD DE LA GENTE •
CAMINO DE MONTAÑA • LA PIEDRA DEL TORO • CACHITOS DE AROMO •
SIMBIOSIS ENTRE HORMIGAS Y PLANTAS • UTILIDAD DE LAS GLÁNDULAS
SECRETORAS DE MIEL • EL PIOJO DE LAS PLANTAS, LOS INSECTOS ESCAMOSOS
Y LOS SALTAHOJAS SUMINISTRAN MIEL A LAS HORMIGAS QUE LOS PROTEGEN •
SECRECIONES CEROSAS DE HEMÍPTEROS HOMÓPTEROS

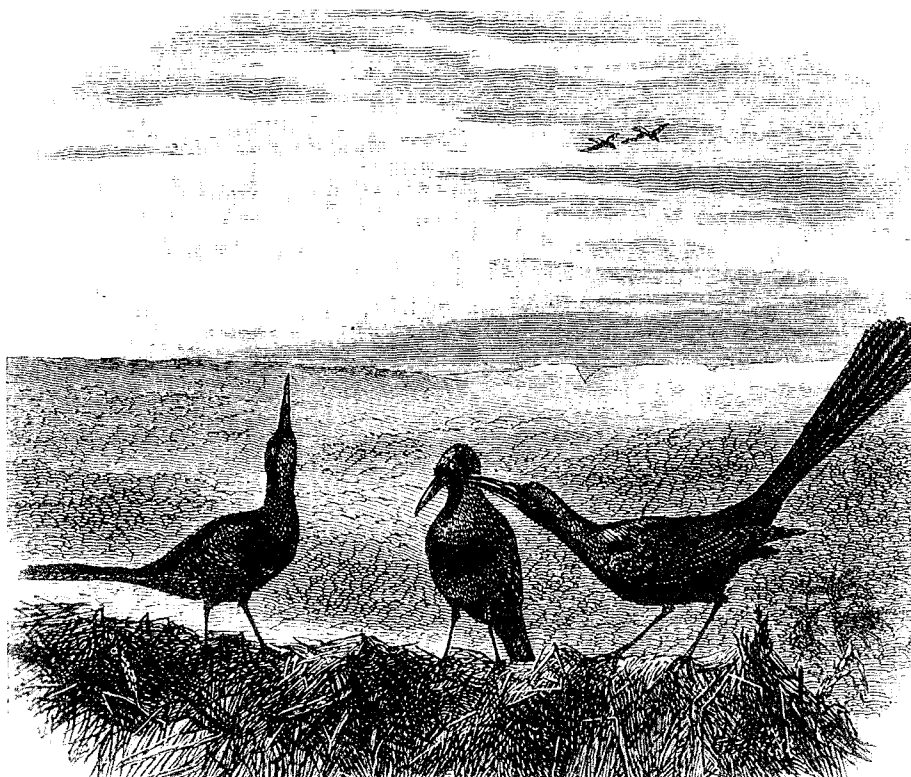


LLEGAMOS A LA GRAN HACIENDA DE OLAMA. Un hombre, a quien tomamos primero por el dueño, nos pidió que desmontáramos; pero después descubrimos que era un viajero como nosotros, en busca de ganado para proveer el mercado de León. El verdadero dueño de la hacienda y su hermana andaban en un pueblecito a unas tres o cuatro millas de distancia. No dejaba de sentirme nervioso al pensar en la acogida que nos darían al encontrarnos instalados cómodamente en su casa. Velásquez, sin embargo, no tenía esos escrúpulos ya que sabía es costumbre en cualquier casa de los departamentos centrales de Nicaragua, esperar y recibir a los viajeros que arriben al caer la noche. Salvo en los pueblos grandes y en algunos de los caminos principales, no existen casas donde el viajero pueda alojarse, pagando por pernoctar. Cualquier campesino tiene, por lo general, la voluntad de alojar en su casa al viajero una vez caída la noche. Esto es lo que más pueden ofrecer, en el supuesto de que el transeúnte lleve su propia hamaca y su comida.

Una hora después de anoecer, regresaron el dueño y su hermana, en sus mulas. El caballero pareció contento de tenernos como huéspedes. Me levanté para ofrecer una silla a la dama, pero Velásquez me observó que tal cortesía no se acostumbra y más bien podía ser mal interpretada. Poco después la hermana trajo chocolate al señor de la casa, esperando hasta que lo consumió. Las esposas, hermanas e hijas, en aquellos lugares, rara vez se sientan a la mesa con el dueño de casa, prefiriendo atenderlo como si fueran sirvientas.

Mientras se preparaba café, a la siguiente mañana, di un paseo por los alrededores de la casa; me llamaron la atención las gracias de unos pájaros negro-azabaches, los *Quiscalus*, llamados “sanates” por los naturales.¹²⁰ Son del tamaño de un grajo y como éste se mueven muy activamente. Se les ve cerca del ganado, quitándoles algunas veces las garrapatas, o por lo general, uno a cada lado, en espera de saltamontes y otros insectos espantados por el ganado cuando pasta. Esta mañana estaban varios zanates en la cumbre de un cobertizo. De vez en cuando uno de ellos erizaba sus plumas, extendía un poco sus alas, dando uno o dos pasos hacia uno de los compañeros; estiraba a continuación el cuello y abría su pico para emitir un largo y como rechinante silbido. Terminada la entonación, replegaba sus alas y plumas rápidamente y se quedaba con el cuello estirado y con el pico apuntando al cielo. Todos sus movimientos eran grotescos y el cambio de actitud después de emitir su canto era de lo más ridículo. Lucía como avergonzado, adoptando una postura de disimulo, al igual que un chico de la escuela cuando “tira la piedra y esconde la mano.” A los pocos momentos el sanate bajó la cabeza y después volvió de nuevo a su ejecución, repitiendo cada etapa automáticamente.

¹²⁰ *Cassidix mexicanus*. (NT)

El zanate o *Quiscalus*

Nos despedimos de nuestro huésped y cabalgamos sobre zacatosas sabanas donde pastaba gran cantidad de ganado. Después de unas cinco millas llegamos a la pequeña villa de Muymuy, que significa “mucho-mucho.” Creo que es una antigua palabra indígena, “Moyo,” que se encuentra también en otros nombres de pueblos indios, como en “Moyogalpa.” Después de dar vuelta a la plaza, que forma las tres cuartas partes del pueblo, localizamos una casa donde nos ofrecieron hacer algunas tortillas a condición de que también les compráramos queso.

La tierra de los alrededores es fértil, pero la gente demasiado perezosa para cultivarla. Muchas de las casas eran ranchos en ruinoso. El lugar entero presentaba el más deprimente aspecto de pobreza y de abandono. Le pregunté a un vecino en qué trabaja la gente de por allí: “En nada, en nada, señor,” me respondió. Sin embargo algunos tienen ganado y los que nada poseen les ayudan; con eso obtienen lo suficiente para vivir. La noticia del día parecían ser los “caritos,” que habían remontado el río para cambiar rifles y cacerolas por perros negros, sin que a nadie se le ocurriera preguntarles para qué los querían. Era domingo y mucha gente de los alrededores bajaba al pueblo. Todos los que tenían algún dinero estaban en los estancos, bebiendo aguardiente. Su indumentaria era siempre la misma, como es la moda en esos lugares: sombrero de palma, cotona blanca y pantalones remanados hasta la rodilla. Casi todos andaban descalzos.

Luego de desayunar tortilla y queso, continuamos nuestra jornada y cruzamos dos ríos que corrían hacia el este;¹²¹ a continuación subimos por una elevada serranía rocosa sobre cuya cumbre se deslizaba el camino. Tomamos este sendero de montaña para evitar unos tenaces pantanos que nos advirtieron tendríamos que cruzar si seguíamos por el camino principal. La serranía estaba desnuda y desabrigada, pero su cumbre ofrecía una maravillosa vista de la campiña subyacente. Opuesta a nosotros, al otro lado del amplio valle, se levantaba una serranía similar, paralela a aquella sobre la cual viajábamos, con faldas parcialmente boscosas y sembrada en parte de plantíos de maíz. Pasamos ante varios ranchos pajizos y encontramos una partida de indios, que marchaban uno tras otro, con arcos y flechas; bajaban a Huaco a comprar maíz, que era escaso alrededor de Matagalpa desde la última cosecha. La serranía montañosa, aunque seca, era muy rocosa, de laderas empinadas, de modo que las mulas se cansaban. A eso de las cinco de la tarde descendimos hacia el valle de Ocalca, cerca del cual hubo cierta minería de oro, ahora

¹²¹ Los ríos Compasagua y Grande de Matagalpa. (NT)

abandonada. Allí vimos, por primera vez, un bosque de pinos sobre una alta serranía, pocas millas al norte.

Ya anocheciendo, alcanzamos un rancho pajizo donde nos propusimos pernoctar. Los dueños eran indios puros; las mujeres, dedicadas como siempre a moler maíz, andaban desnudas hasta la cintura. Estaban también un viejo, su hijo y algunos nietos. Al viejo parecía disgustarle la idea de alojarnos, pero no hizo objeción. El alojamiento era muy pobre, pues no existían hamacas ni camastros. Creo que todos los residentes esperaban dormir sobre las cañas del tabanco. Luego el viejo nos informó que había una casa mejor un poco más adelante, de modo que, quitándole un peso de encima, nos encaminamos hacia allá. Cruzamos un río y llegamos a la finca ganadera de un rollizo criollo, de apellido Blandón, quien nos hizo pasar adelante. En efecto, la casa era grande con muchos mozos y sirvientas. Le preguntamos dónde podríamos comprar algo para comer y el señor Blandón nos replicó que la cena estaría lista pronto y que nos invitaba. Nos aprestamos a la cena, pues durante todo el día no habíamos comido, salvo una taza de café y queso con tortilla en Muymuy. Después de esperar por largo tiempo fuimos invitados a pasar al comedor donde nos encontramos con una taza de café y dos pequeños queques, llamados “rosquillas,” para cada uno, con las disculpas que no tenían más que ofrecernos. Las rosquillas estaban tan duras que las mascamos tanto como pudimos, sin perder una miga, mientras nos preguntábamos cómo nuestro albergador podía mantenerse tan gordo con semejante dieta. Terminamos tan hambrientos como al principio, pero pronto nos olvidamos del hambre al dormirnos sobre las camas duras.

Partimos temprano a la siguiente mañana, pues distábamos algunas leguas del pueblo de Matagalpa, donde esperábamos aprovisionarnos. Casi a una legua antes de arribar al pueblo, hay una alta serranía, con farallones verticales cerca de la cumbre. Rito nos dijo que en la base de estos farallones estaba labrada la figura de un toro y que el lugar estaba encantado. He oído en otras partes con escepticismo cuentos de toros labrados o

pintados sobre roca, ya que antes de la llegada de los españoles, los indios de Centroamérica nunca vieron ganado; y a partir de la conquista abandonaron la antigua costumbre de tallar petroglifos, mientras los españoles y los mestizos, por otra parte, nunca aprendieron ese arte; además no he encontrado ninguna inscripción, en esos departamentos centrales, que pueda adjudicarse a un período posterior a la conquista española.

A pesar del cansancio y del hambre, decidí comprobar la creencia y en compañía de Velásquez trepamos por los farallones y buscamos por los alrededores sin poder encontrar ningún indicio. En un lugar había una gran mancha negra sobre el farallón, producida por la infiltración del agua desde arriba. Pronto nos dimos cuenta que esta mancha, vista a la distancia, simulaba la figura de un toro y con un poco de imaginación se completaba el parecido. Una señora, en cuya casa nos hospedamos en Matagalpa, insistió en que la había visto, con todos los detalles pertenecientes a un toro, y nos la describió con tanta minuciosidad, que más bien producía embarazo y fastidio a quien la escuchaba.

Bajamos entre las rocas hasta alcanzar las bestias y continuamos nuestro camino sobre las colinas cubiertas por secas malezas, una de las cuales es un pequeño arbusto que he nombrado sólo en forma incidental y que es muy característico de las sabanas secas. Se trata de una especie de acacia, el cornizuelo, perteneciente al grupo de las *gummíferas*,¹²² de hojas bipinadas, y que alcanza unos quince o veinte pies de altura. El tronco y las ramas se encuentran cubiertos con fuertes espinas curvadas, dispuestas en pares, por lo que recibe el nombre de *cornizuelo*, por la gran semejanza que tiene con los cuernos de un toro. Estas espinas son huecas, y ocupan el espacio interior ciertas hormigas que hacen un agujerito para entrar y salir, en la base del cuerno. También perforan el tabique que separa ambas espinas, de modo que una sola entrada de acceso a ambas. En esta planta desarrollan sus crías y durante la estación húmeda se pose-

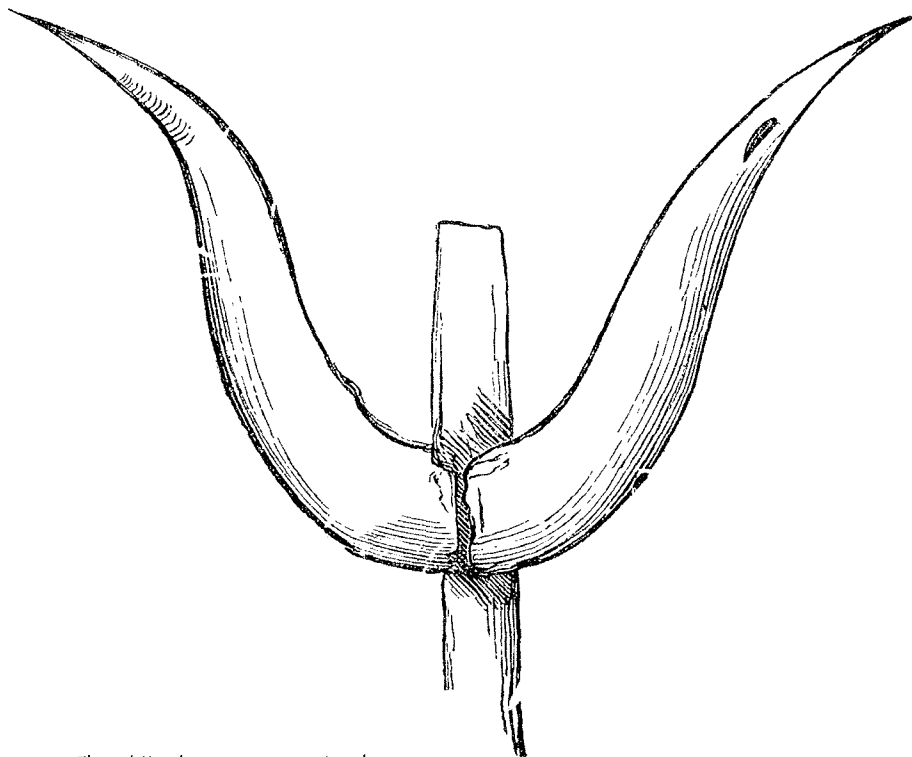
¹²² *Acacia farnesiana*, el cornizuelo o cachito de aroma, de las Mimosáceas (NT)

sionan de todos los cuernos; entonces se las puede ver corriendo por centenares, especialmente sobre las hojas tiernas. Si se toca una de éstas o se sacude una de las ramas, las pequeñas hormigas, *Pseudomyrma bicolor* (Guen), salen de los cuernos huecos en tropel y atacan al agresor con sus mandíbulas y ponzoñas. El piquete es grave y levanta un granito blanco que no desaparece en menos de veinticuatro horas.

Estas hormigas constituyen un ejército muy eficiente para la defensa de la planta, que se encuentra protegida no solamente de los mamíferos que ramonean entre las hojas, sino también de un peligro mayor: los zompopos. En retribución, las hormigas encuentran alojamiento seguro en la planta, así como alimento abundante. Para asegurar la atención de las hormigas, en el tiempo y lugar preciso, el alimento se encuentra distribuido con maravillosa previsión. En efecto, las hojas son bipinadas y en la base de cada par de folíolos, sobre la nervadura central, se forma una glándula con aspecto de cráter, que segrega un líquido meloso cuando las hojas están jóvenes. Esta miel es preferida por las hormigas, que corren constantemente de una glándula a otra, para chuparla a medida que brota. Pero esto no es todo: existe una provisión de alimento sólido, todavía más maravillosa: al final de las pequeñas divisiones de las hojas compuestas, hay un pequeño cuerpo, como frutita amarilla, que aparece cuando la hoja se distiende inicialmente, sujeto por un punto al extremo de la pínula. Examinado al microscopio este pequeño apéndice parece una pera dorada, no bien madura cuando las hojas están recién abiertas; esto obliga a las hormigas a ir y venir, de una a otra, examinándolas. Cuando una de ellas descubre alguna que está casi por madurar, muerde en el punto de la ligadura y luego, doblando el pequeño cuerpo frutescente, lo arranca y lo carga en triunfo hasta el nido. Estos cuerpos¹²³ no maduran simultáneamente sino en forma progresiva, de modo que las hor-

¹²³ Son llamados *Cuerpos Beltianos*, en honor a Thomas Belt, el primero en descubrirlos y estudiarlos (NT)

migas merodean por cierto tiempo ente las hojitas recién abiertas, protegiéndolas de las orugas o de cualquier otro animal más grande que intente dañarlas, en cuyo caso son atacados por las pequeñas guerreras. Los cuerpos frutescentes miden un doceavo de pulgada y, más o menos, un tercio del tamaño de las hormigas; así que una hormiga que cargue con uno, va tan agobiada como un hombre que lleve una gran cabeza de plátanos. Por esto creo que las acacias mantienen a las hormigas como un ejército en pie, para proteger sus hojas del apetito de los mamíferos herbívoros y de los insectos.



El cachito de aroma o cornizuelo

El cornizuelo no crece en las minas, en la región selvática; tampoco viven allí las hormigas que lo asisten, que parecen adaptadas únicamente a esta planta y no las he visto en otras. Además de las *Pseudomyrma* descubrí otra hormiga que vive entre las acacias; se trata de una especie, pequeña y negra, de *Crematogaster*, de hábitos más bien distintos. Perfora la entrada a los cuernos cerca del centro de uno de los pares y no hacia el extremo como hace la *Pseudomyrma*; tampoco es tan activa como esta última. Es más bien escasa, pero cuando se la encuentra ocupa la planta entera, excluyendo a la otra. También frecuenta las glándulas de las acacias una especie de avispa pequeña, *Polybia occidentalis*. Sembré semillas de acacia en mi jardín y cultivé algunas plantitas y aunque las varias clases de hormigas eran numerosas, ninguna se alojó en los cuernos, ni aprovechó las glándulas y frutillas como alimento, debido a que, como ya he mencionado, la hormiga que la asiste no se encuentra en la selva. Los zompopos atacaron mis plantitas y las defoliaron, pero nunca me encontré con una acacia, de las que crecen en las sabanas, atacada por los zompopos, sin que las defendiera la *Pseudomyrma*, y no cabe duda que el cornizuelo recibe protección de estas pequeñas guerreras.

Las espinas recién formadas son suaves y están llenas de una sustancia dulce y pulposa, de modo que las primeras hormigas que penetran encuentran el nuevo alojamiento repleto de comida. Una vez consumida ésta, sólo queda la endurecida cubierta de la espina. Paradójicamente el tratamiento parece favorecer el desarrollo de la espina, pues aumenta de tamaño y se engruesa hacia su base; mientras que las plantas no atendidas marchitan sus espinas que se secan hasta morir; quedando como pinchos persistentes. No sé si también esto se deba, sin embargo, a que el hábitat de la planta resulta inadecuado para su subsistencia.

A primera vista, estas hormigas parecen llevar la más feliz de las existencias. No temen a sus enemigos, protegidas como están por sus agujones. Sus moradas están colmadas por abun-

dante comida, lista para cocinar, mientras las tazas de néctar y las exquisitas frutas las esperan diariamente. Pero, al reverso de la medalla, durante la estación seca las acacias dejan de crecer sobre estas planicies; no se producen brotes de hojas y las glándulas maduras no segregan miel. La necesidad y el hambre se apoderan de las pobres hormigas que durante la estación húmeda parrandeaban en medio de la abundancia. Muchas de las espinas son abandonadas y sólo unas pocas hormigas sobreviven a la estación de escasez. Sin embargo, tan pronto como las lluvias comienzan y en los arbustos brotan vigorosas y abundantes hojas, las hormigas se multiplican de nuevo con sorprendente rapidez.

Tanto en Brasil como en Nicaragua dediqué mucha atención a la relación entre la presencia de las glándulas secretoras de miel en las plantas y la protección que éstas reciben por la asistencia de las hormigas atraídas por la miel. Encontré muchas plantas protegidas por la misma simbiosis, con sus glándulas especialmente desarrolladas sobre las hojas tiernas o sobre los sépalos de las flores. En efecto, además de los cornizuelos, descubrí además otros dos géneros de plantas que ofrecen alojamiento a las hormigas: las *Cecropiae* y las *Melastomae*, pero estoy seguro de que existen mucho más. El tallo de la *Cecropia*, o guarumo, es hueco, dividido en celdas por tabiques que se extienden a través del interior del tronco. Las hormigas penetran perforando un pequeño agujero y luego, una vez adentro, talarán los tabiques de separación para tener acceso a todo el tronco. No se alimentan directamente del arbusto; pero crían en las celdas unos insectos de escamas pardas, *Coccidae*, que succionan los jugos de la planta y a la vez segregan un líquido meloso, exudado de un poro en la espalda, que las hormigas lamen. En algunas celdas se encuentran huevos, en otras larvas y en otras pupas, todas desperdigadas. En celda especial vive la hormiga-reina, rodeada de paredes hechas de una sustancia que parece cera café, junto con una docena de cóccidos que la proveen de alimento. Si se sacude el arbusto, miríadas de hormigas emer-

una pasionaria común de flores rojas, frente al corredor de la casa. Tenía glándulas secretoras de miel tanto sobre las hojas tiernas como sobre los sépalos de los botones. Durante dos años observé la constante asistencia que prestaba a estas glándulas una pequeña hormiga, *Pheidole*; día y noche se encontraban algunas sobre las hojas y brotes. No picaban, salvo cuando con mi dedo tocaba la planta. No hay duda de que la función primordial de estas glándulas es atraer a las hormigas, manteniéndolas cerca de las partes más tiernas y vulnerables de la planta, en prevención de cualquier daño, especialmente de los producidos por los zompopos, pues observé que estos últimos rehuyen espantados a las pequeñas hormigas negras.

A los tres años de haber advertido la asistencia que las hormigas prestaban a mi flor pasionaria, me percaté que las glándulas ya no se miraban tan bien como al principio; pronto descubrí que cierto número de insectos escamosos se había establecido dentro de los tallos, atrayendo en gran medida la atención de las hormigas. Las hormigas se paraban sobre los insectos y los golpeaban alternadamente en cada lado con sus antenas; en respuesta aparecía una gota de miel clara, exudada de un poro sobre la espalda del insecto, que la hormiga sorbía. De este modo el insecto hacía competencia a las hojas y brotes de la planta, logrando con éxito que las hormigas desviarán su atención de aquellas, y la fijaran en él, ya que el fluido que secretaba era más atractivo o más abundante.¹²⁶

De todos estos hechos deduje que las glándulas secretoras en las plantas sirven para atraer a los insectos que brindan protección a sus capullos y hojas, previniendo los perjuicios que puedan sufrir de parte de otros insectos y mamíferos herbívoros. Esto no quiere decir que ésta sea la única función de todas las glándulas, pues muchos de los cuerpos apendiculares que los botánicos llaman "glándulas" no secretan miel. La rosa silvestre

¹²⁶ He observado desde entonces hormigas atendiendo a insectos escamosos sobre una planta grande, *Passiflora macrocarpa*, en el invernadero de Kew

Algunas especies de melastomáceas,¹²⁴ proveen alojamiento a las hormigas. En cada hoja, en la base del limbo, se encuentra el pecíolo provisto de dos bolsas, separadas por una nervadura central, tal como lo muestra la figura. Una entrada, por la parte inferior de la hoja, da acceso a estos ensanchamientos. Noté por primera vez esta peculiaridad al norte del Brasil, en la provincia de Maraón, y poco después en la de Pará. Cada bolsa está ocupada por un nido de pequeñas hormigas negras y si la hoja se sacude un poco, se precipitan hacia fuera, buscando por todos lados al agresor. Examiné centenares de hojas y nunca al agitarlas dejé de advertir a las hormigas saliendo fuera de las bolsas, salvo de una planta que parecía enclenque, en Pará. En el interior de las bolsas descubrí huevos y hormigas recién nacidas y en ciertas ocasiones algunos cóccidos o áfidos de color oscuro. Desgraciadamente en aquel entonces no puse atención a estos últimos, como proveedores que son de comida para las hormigas, y no examiné suficientes bolsas para determinar si estos insectos eran ocupantes perennes de los nidos. No obstante, mis posteriores experiencias con guarumos me convencieron de que en realidad sí lo eran. En todo caso, tenemos un ejemplo de dos insectos y una planta que por vivir juntos se benefician entre sí. En efecto, las hojas de la planta son defendidas por las hormigas; éstas, en cambio, reciben alojamiento de la planta, y alimento de los áfidos o cóccidos, los cuales a su vez, son defendidos por las hormigas con quienes comparten el mismo alojamiento.

Entre las numerosas plantas que no proveen alojamiento, pero sí atraen a las hormigas hacia las hojas y los brotes de flores, por medio de glándulas secretoras de líquidos melosos, se encuentran las orquídeas epífitas y creo que también todas las especies de *Passiflora*.¹²⁵ Bajo mi constante vigilancia, creció

¹²⁴ Ver nota 28 en el capítulo iv (NT)

¹²⁵ Pasionarias, manzanas-rosas, gnanadillas, etc (NT)

me limitaré a mencionar aquellos cuyos hábitos cayeron más cerca de mi observación. Los papayos de mi jardín se infectaron de una especie pequeña y café de *Membracis*—uno de los saltahojas—que pone sus huevos en un nido de aspecto algodonoso, junto a las nervaduras o en el envés de la hoja. El insecto se echa sobre el nido hasta que los huevos se empollan. Estos parecen diminutos insectos de cuerpo blando y de color semejante a los áfidos, pero más robustos y con los segmentos traseros volteados hacia arriba. En el extremo de éstos, las larvas exudan gotas de miel, que absorben dos hormiguitas, especies del género *Pheidole*, una de las cuales es la que mencioné como la misma que defiende a las glándulas de la pasionaria. Un árbol es protegido por una de las especies, el otro por la otra, sin que las dos concurren en la misma planta. Una tercera hormiga, sin embargo,—una especie de *Hypoclinea*—que describí antes como una especie cobarde, cuyo nido despojan las *Ecitones*, frecuenta todos los árboles y cuando encuentra saltahojas jóvenes desatendidos, les ordeña la miel, pero pone pies en polvorosa al aproximarse una de las *Pheidole*. Esta última no tiene ponzoña, pero ataca y muerde las manos si alguien perturba a los saltahojas, ya que éstos por sus cuerpos blandos y tardos movimientos son apetecidos por muchos enemigos, y de no ser por la ayuda que les prestan las hormigas, ya estarían exterminados.

En forma similar, observé en las sabanas a una avispa que al igual que las hormigas, atendía las glándulas melosas de los cornizuelos; como en Santo Domingo lo hace otra avispa, de diferente género, *Nectarina*, que asiste a algunos grupos de saltadores y que produce un gran revuelo cuando trata de apoderarse de otros grupos. La avispa golpea a los saltadores jóvenes y sorbe la miel que exudan, exactamente como hacen las hormigas. Cuando una de tales hormigas se presenta ante un grupo de saltadores cuidados por la avispa, ésta no traba combate con su rival sobre la hoja, sino que vuela y se suspende hasta tener a su enemiga bien expuesta, abalanzándose sobre ella y picándola cuando cae al suelo. No pude determinar si la bota con sus patas traseras o

con sus mandíbulas, pero me parece que lo hace con las primeras. Vi además a una avispa que trataba de limpiar una hoja de las hormigas que estaban en posesión de un grupo de saltahojas; a veces tuvo que golpear tres o cuatro veces a una hormiga para hacerla perder el equilibrio y caer. En otras ocasiones las hormigas caen, una tras otra, rápida y fácilmente, lo que me daba la idea de que algunas avispas eran más inteligentes que otras en lograr sus propósitos. En todos estos casos el éxito no dura mucho, pues las avanzadas de nuevas hormigas arriban a disputar el alimento a la avispa, sin dejarla en paz, hasta cansarla y expulsarla. En estos pleitos la avispa no permite que una hormiga se le acerque, pues si ésta logra asirla de una pata le resulta algo difícil zafarse. Si las hormigas son de la vanguardia, la avispa tiene la posibilidad de deshacerse de todas, impidiéndoles que regresen a informar al resto de la columna, o a marcar la pista que conduce al disputado alimento.

Antes de terminar con este tema, apuntaré que, así como existen ciertas plantas con glándulas secretoras para atraer a los insectos, hay también otras que exudan líquidos resinosos que más bien sirven para repelerlos, de manera que las secreciones de los diferentes géneros de homópteros, entre los hemípteros, están curiosamente modificadas para cumplir propósitos muy diversos. En efecto, además de los piojos de las plantas, insectos escamosos y saltahojas, que producen un fluido meloso para atraer a las hormigas, hay otras especies de áfidos, *Eriosoma*, que no tienen glándulas melosas; además, mucho de los cóccidos, segregan más bien una baba blanca, floculenta y cerosa, debajo de la cual se esconden. En numerosos homópteros esta secreción se limita a un polvo blanco que cubre el cuerpo, como en los casos de algunos *Fulgoridæ*. En otros es más abundante. Un caso extremo es la especie *Phenax*, que descubrí en Santo Domingo. Este insecto mide una pulgada y su secreción cerosa forma una espesa y larga cola de fibras con aspecto de algodón, de unas dos pulgadas de longitud, que da al insecto una curiosa apariencia cuando vuela. Esta masa floculenta va unida flojamente al

cuerpo del insecto, al punto que es difícil cazarlo sin deshacerla. Bates ha sugerido que las grandes y frágiles alas de brillo metálico de las *Morpho*, las salvan a menudo de ser capturadas por los pájaros, quienes tratan de agarrarla por alguna porción de la ancha y bien expansionada ala, que al quebrarse, deja libre a la mariposa. Es posible que la alargada e incómoda cola del *Phenax* tenga el mismo fin. Al volar, es la única porción que se ve y cuando un pájaro trata de capturarlo al vuelo se queda solamente con un bocado de floclenta cera. Los grandes homópteros son muy apetecidos por los pájaros. En abril, cuando las chicharras chirrían sus chillantes cantos, desde que amanece hasta que anochece, se observan muchas mutiladas, cuyos cuerpos han sido mordidos por los pájaros desde el coselete. El largo y grácil milano cola de tijera se alimenta, en ese tiempo, exclusivamente de estos homópteros. He visto a estos pájaros revolotear en círculo sobre las copas de los árboles, extrayendo de vez en cuando insectos del follaje; al abrirles el buche, lo he encontrado repleto de chicharras.

Los saltadores, además de exudar miel en algunos géneros, o cera en otros, producen en una tercera división, cuando están en etapa larvaria, una gran cantidad de baba, bajo la cual se esconden, como la “saliva de cucullillo” de nuestros médanos ingleses.

XIII

MATAGALPA • AGUARDIENTE • LÍQUIDOS FERMENTADOS POR LOS INDIOS •
LA PALMA DE VINO • INDOLENCIA DE LOS NICARAGÜENSES •
BOSQUES DE PINO Y DE ROBLE • DESFILADERO DE MONTAÑA •
JINOTEGA • ARADO NATIVO • DESCENDIENTES DE LOS BUCANEROS •
SAN RAFAEL • UN RANCHO EN LA MONTAÑA



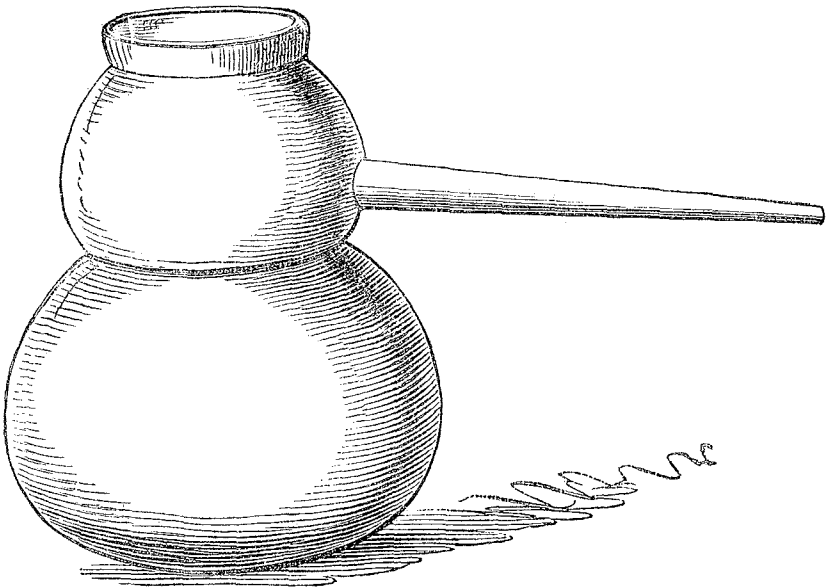
A MEDIODÍA ARRIBAMOS A MATAGALPA, capital de la provincia del mismo nombre. El pueblo tiene unos tres mil habitantes; la provincia o departamento, unos treinta mil. Matagalpa está construida a orillas del río, sobre un terreno pedregoso y donde sobresalen montículos rocosos entre las casas. Tiene tres iglesias y, como es lo usual, una gran plaza. Los alrededores parecen muy secos e improductivos, con escasos cultivos en la inmediata vecindad.

Nos hospedamos en una de las mejores casas del pueblo. La familia consistía en una señora gruesa, de unos cincuenta años, su marido, una hija y su esposo, y un hijo soltero. Los dos varones jóvenes parecían no dedicarse a nada; el de mayor edad tuvo una vez un contrato con el gobierno para elaborar aguardiente para tres pueblos y en ese entonces pasaba casi todo su tiempo en una hacienda pequeña, a una legua de distancia, donde cultivaba caña y maíz y destilaba el alcohol.

Por toda Nicaragua se vende una gran cantidad de aguardiente, de inferior calidad. La mayor parte de los indios se emborrachan los días de fiesta, pero en otros días se comportan, por lo demás, como una raza sobria. No deben la intemperancia a los españoles, aunque hoy pueden conseguir alcoholes más fuertes que los existentes en las épocas prehispánicas. Los antiguos indios parece que no sabían destilar, pero sí preparar varios tipos de licores fermentados. En México la bebida por excelencia era el “pulque,” el jugo fermentado del ágave o maguey. En Nicaragua, la “chicha,” es una especie de cerveza liviana hecha de maíz, es todavía la bebida favorita de los indios. En los llanos más cálidos crece la palma de vino, *Cocos butyracea*,¹²⁸ que abunda cerca de San Ubaldo. El vino se prepara de la manera más sencilla: se derriba el árbol y se corta un hueco oblongo, justamente debajo de la corona de palmas, de un pie de largo, cuatro pulgadas de ancho y unas ocho de profundidad, que perfora casi todo el grueso tronco. En este agujero el jugo comienza a acumularse, fluyendo muy poco por el otro extremo. Esta tendencia de la savia a ascender es bien conocida en otra planta, la liana de agua. Para sacar el agua de esta liana, debe hacerse una incisión tan arriba como sea posible; luego se corta como a un pie del terreno; pronto mana una pinta de agua fresca y deliciosa por cada siete pies de longitud. Pero si se corta en la base primero, la savia ascenderá tan rápidamente que muy poco agua se obtendrá. Tres días después de cortar la palma, el agujero está lleno de vino claro amarillento, que es el jugo fermentado de la palma; y así continúa brotando diariamente por veinte días, con una producción total de varios galones. Me contaron que todo un bosque de palmeras fue tumbado por el gobierno, cerca de Granada, para frenar los excesos de los indios que se congregaban allí durante sus parrandas, intoxicándose de chicha de coyol. Los indios de Nicaragua, al comienzo de la conquista, objetaron los sermones de los curas contra la destemplanza en la bebida, pues alegaban que “emborracharse no daña a nadie.”

¹²⁸ *Acrocomia vinifera*, la palma de coyol (NT)

La elaboración del aguardiente es monopolio del gobierno, que lo arrienda por contrato. Estos contratos siempre recaen sobre políticos que apoyan al partido del gobierno; sin embargo existen destilatorios privados que operan ilegalmente escondidos en las montañas; por lo general se establecen entre la espesa selva, cerca de una pequeña quebrada, junto a un matorral cercano donde el contrabandista busca refugio cuando los agentes del gobierno se aproximan. Un día, mientras vagaba por el bosque, cerca de Santo Domingo, me encontré con una de estas fábricas de bebida clandestina. El aparato era muy simple; consistía de dos ollas de barro, de fabricación nativa, una encima de la otra. A la de arriba se le había quitado el fondo y estaba pegada con barro a la inferior. Esta, con licor fermentado, estaba al fuego. El alcohol se condensaba sobre el fondo plano de un plato de estaño que cubría la olla de encima, y sobre el cual caía agua fría; las gotas destilaban sobre una tablita inclinada hacia un largo tubo de madera que las conducía directamente a las botellas.



Alambique cususero

Matagalpa no se destaca sobre la somnolencia de los otros pueblos del país; todo parece estar estacando bajo la total falta de interés o de esfuerzo de la gente; esto no deja de decepcionar a un extranjero acostumbrado al bullicio, negocios y diversiones de las ciudades europeas. Todo lo que vi fueron unas cuantas mujeres lavando en el río, o haciendo tortillas o puros en la casa. Los hombres, como siempre, reposaban en sus hamacas, fumando incesantemente. Unas pocas casas estaban construyéndose, o a lo mejor habían quedado a medio terminar. De vez en cuando se les agrega algo, de modo que la construcción toma meses o años. Por lo general los dueños se afanan en mostrarlas, a medio construir, sin que les hayan añadido nada en dos años, diciendo que se encuentran tan ocupados en las obras que no pueden emprender nada más. No hay bibliotecas, teatros o salas de concierto; tampoco se realizan reuniones públicas ni conferencias. Los periódicos no se conocen entre la gente del pueblo, ni libros de ninguna clase. Nunca vi a un criollo leyendo en las provincias centrales, a excepción de los abogados que hojean sus libracos de leyes, uno que otro funcionario de pueblo buscando la gaceta del gobierno o algún chico estudiando. La noche comienza a las seis de la tarde. Un opaco quinqué se enciende en las mejores casas y se coloca alto para que arroje sobre la habitación una luz enfermiza y vacilante, insuficiente para leer. En torno de esta luz los criollos se sientan y chismorrear hasta las ocho o nueve, cuando se van a acostar.

Una simple mesa de billar en una habitación medio iluminada, donde juegan dos o tres personas hasta la hora de cerrar; a eso de las nueve, bajo la mirada de un grupo de unos doce, sentados en bancos contra la pared; un cuarto de juegos, bajo licencia del gobierno, donde se apuestan pequeñas sumas; peleas de gallos los domingos o días de fiesta; quizá una corrida de toros una o dos veces al año; juegos privados muy extendidos entre las clases más altas, y el aguardiente, que consume el pueblo, completan la lista de diversiones nicaragüenses.

Al entrar al distrito de Matagalpa, encontramos que los caminos estaban secos y polvorientos y supimos después, que mientras en Santo Domingo la estación había sido excepcionalmente húmeda, cerca de allí se presentó tan árida que el maíz había sufrido enormemente por la sequía. Viajábamos hacia el noroeste, alejándonos poco a poco del Atlántico, hacia una región donde el alisio del noreste, al cruzar sobre una mayor extensión de tierra, se ve despojado de su humedad.

Nuestras mulas y caballos estaban exhaustos; esperábamos encontrar sin dificultad animales descansados que nos llevaran hasta Ocotol, en las Segovias, pero quedamos decepcionados. Perdimos toda una tarde pendientes de un hombre que se había comprometido a traernos bestias frescas. Se suponía que las andaba buscando, pues se marchó diciéndonos que las conseguiría. Pasaron las horas sin que regresara. Fuimos a su casa y su esposa nos aseguró que andaba en busca de las mulas. Llegó la noche sin que apareciera. Por fin, a eso de las nueve, lo localizamos en el salón de billar. Se excusó diciéndonos que no había regresado porque no logró conseguir las mulas, habiendo dado por entendido que nosotros así lo tomaríamos al no verlo regresar; pero estoy seguro que este sujeto jamás salió del billar a cumplir con lo encomendado. Esta gente pasa los días con tal *ennui* y dificultad, que no tiene la más remota idea de que pueda haber personas para quienes el tiempo es oro. Se cuenta una historia que, cierta o falsa, ilustra claramente esta forma de pensar: cuando se estableció el servicio de vapores en el lago de Nicaragua, los nativos se quejaron de que se les cobraba tanto como en los bongos, donde el viaje duraba siete días en lugar de uno empleado por los vapores.

El problema de las mulas me puso en un dilema. Deseaba continuar adelante, aunque veía que el viaje sería más largo de lo que había pensado al planearlo; pero por otro lado tenía urgencia de regresar a las minas antes de fin de mes. Por último nuestro hospedero nos ofreció unas mulas que nos llevarían por lo menos hasta Jinotega, cobrándonos tres veces más de lo usual.

Decidimos viajar hasta allí y luego buscar mulas para seguir el viaje. Dejamos nuestras cansadas mulas en un buen potrero de zacate Pará, cerca del pueblo, declinando la invitación de nuestro hospedero de dejarlas a su cuidado, temiendo que más bien las usara en vez de alimentarlas. Mandó por las nuevas mulas a la hacienda, supuestamente prometidas para las siete, pero no arribaron sino hasta las diez de la mañana siguiente; el retraso por la espera más bien confirmó la opinión que ya me había formado de la pereza y falta de puntualidad de la gente del lugar.

Al salir del pueblo cruzamos el río y trepamos por una serrañía al lado opuesto. Allí por primera vez en el trópico me internaba entre pinares, que transformaban la región en algo muy distinto de lo que hasta la fecha había visto. No crecían matorrales debajo de los pinares, que se erguían separados por intervalos irregulares, sin apoyarse unos sobre otros, como los árboles de la selva atlántica, donde los vegetales crecen muy juntos, tratando cada cual de sobrepasar al vecino. Tampoco existían lianas colgantes y salvo algunas *Tillandsias* de hojas o curiosas melastomáceas, el terreno estaba despejado. Sólo el manto café de las agujas de los pinos lo cubría todo, salvo en algunos parches donde brotaban el zacate o el rústico helecho de Europa. Todo lo que yo podía pensar como característico del trópico había desaparecido; el silbido del viento entre los pinos, que no había escuchado por años, me transportó en imaginación a los bosques del Canadá.

El camino era rocoso y a la izquierda se levantaban montañas con farallones casi desnudos sobre los cuales trepaban pinos diseminados, que al alcanzar las cumbres, disimulaban su desnudez, sin ocultarla del todo. Otros árboles eran manchones de robles encinos, de follaje perenne, que al igual que los pinos crecían en grupo sobre las colinas. En los valles los pinos y los robles cedían espacio a una variedad de árboles y matorrales; la más abundante era una especie diferente de acacia. De vez en cuando aparecía un cacto, con sus junturas planas en forma de cometa, cubiertas de espinas, y que parecían grandes hojas, que

se engrosaban hacia la base formando un tronco redondo y filiforme. Este no era muy diferente del de los árboles vecinos, ya que sus ramas se presentaban en todas las gradaciones, a través de las cuales las juntas comprimidas se engrosaban para formar tallos. En algunas partes, mientras cabalgábamos, vimos robles y pinos cubiertos enteramente por colgantes festones, con aspecto de musgos grises, de la *Tillandsia usneoides* o “barba de viejo.” No había ramita que no estuviera agobiada por un fleco colgante, de hasta seis pies de largo, que simulaba un velo gris meciéndose al viento, y daba a los árboles una extraña y venerable apariencia. Fue un placer cabalgar después de la detención en Matagalpa; cada cosa era fresca y nueva para mí. El aspecto de la región, los árboles, matas y flores, los pájaros y los insectos, el aromático perfume de los pinos, todo reclamaba mi atención a cada minuto.

Después de cabalgar cuatro horas por las serranías coronadas de pinos, llegamos a un desfiladero que conduce a las alturas que limitan el valle de Jinotega. El camino pasaba por la falda más escarpada de ese desfiladero,¹²⁹ a menudo con un precipicio a un lado, en cuyo borde se habían dispuesto algunos troncos para evitar que las mulas resbalaran, pero que más bien eran un peligro, por estar viejos y podridos. Grandes peñascos se erguían sobre estas laderas empinadas, semisepultados en la tierra oscura; entre ellas crecían algunos pequeños helechos herbáceos en gran variedad y profusión, un verdadero paraíso para el colector. En algunas partes el *Adiantum*, helecho verde y claro, cubría el terreno con su bello y tierno follaje, recordándome las sombrías vegas del norte de Inglaterra, cubiertas por el helecho del roble, igualmente bello. Cada pocas yardas descubría algunas especies nuevas, que deleitaban la mente con su belleza y variedad. Sobre lugares más secos y pedregosos, se levantaban entre las piedras

¹²⁹ A juzgar por la descripción topográfica y botánica se trata del viejo camino que iba a Jinotega, por la hondonada de El Tanque, quedando el desfiladero en el corte occidental del cerro de El Horno (1,567 m), un poco adelante de la localidad de Chichinquirá. (NT)

licopodios pinatífidos, en erizados manojos, como el helecho de perejil en las laderas montañosas de Inglaterra. Un pájaro negro y azul, *Cyanocitta melanocyanea*,¹³⁰ del tamaño de un grajo, volaba en pequeñas y bulliciosas bandadas; también observé un bello trogón, de espalda verde bruñido y pecho rosado.¹³¹ Los más elevados picos de la cordillera que limitaban ese desfiladero estaban cubiertos de pinos, *Pinus tenuifolia*.¹³² Más abajo crecían los robles de follaje perenne y descendiendo más, se encontraba una variedad de pequeños árboles, arbustos y plantas herbáceas, hasta el fondo seco de una quebrada.

Después de ascender por el rocoso y empinado sendero, llegamos a la cumbre de la cordillera, cubierta por bosques de pino, para tener a la vista el extremo superior del valle de Jinotega. Allí el valle era estrecho, rodeado por serranías rocosas coronadas de pinares. Descendimos la inclinada pendiente, dejando arriba pinos y robles, hasta llegar a una planicie aluvial, que gradualmente se ensanchaba a medida que bajábamos por el valle. A cada lado del camino había maizales, muy perjudicados por la sequía. El suelo era una arcilla oscura, fina y profunda y por primera vez en Nicaragua encontré tierra arada y cercos permanentes. El arado era un instrumento primitivo, no muy distinto de los que todavía se usan en algunas partes de España. Está hecho de madera, salvo en la punta, revestida por una placa de hierro.

Muchos de los cercos eran setos vivos entre los que crecía una bella enredadera, *Antigonon leptopus*, con festones de flores rosadas. Las muchachas indias y mestizas las llevan en el pelo y la llaman “bellísima.” Tienen la propiedad de no marchitarse por cierto tiempo después de cortadas, por lo cual sirven para guirnaldas y ramilletes. Ha sido llevada a Greytown y a las Indias Occidentales, y siempre que florece es la predilecta de todos.

¹³⁰ Es el *Sayaquique*, la urraca de los cafetales norteños (NT)

¹³¹ Posiblemente se trata del *Trogon collaris*, una de las “viudas” de pecho rojo (NT)

¹³² *Pinus oocarpa* u “ocote” (NT)

Después de una milla de bajar por el valle, llegamos al pueblecito de Jinotega, donde nos hospedamos en casa de un viejo caballero, muy cortés y con aire de dignidad, que con la acostumbrada fraseología del país, puso su persona, su casa y todas sus pertenencias a nuestro servicio. Su esposa, una mujer muy



Arado nativo

joven, muy animosa, cuya edad no alcanzaba ni a la mitad de la de su esposo, comenzó inmediatamente a preparar la cena. Estaban con ellos, además, varias sirvientas y muchos chicos. La casa se mantenía más limpia de lo acostumbrado en Nicaragua y noté en el patio de atrás cierto esfuerzo por construir un desagüe. Nuestro hospederero parecía estar en situación cómoda. Fuera del pueblo tenía una pequeña finca, donde cultivaba maíz y sorgo. Se quejaba mucho de la sequía; decía que jamás había ocurrido que la cosecha de maíz fallara en Jinotega por falta de lluvia. Nos buscó a un hombre que prometió proveernos de mulas y caballos, que nos llevarían a Ocotal, pero como tenía que ir a los “campos” o planicies no podría llevarlos temprano, de modo que hubimos de partir hacia las diez de la mañana siguiente.

Mientras esperábamos por las mulas, caminamos alrededor del pueblo. La mayoría de las casas en el centro está bien cons-

truida y es entejada, pero en los barrios hay pequeñas chozas pajizas de encumbrados techos. Sorgo, maíz, papas y frijoles son los principales productos que se cultivan. Mucha gente tiene pelo rojizo claro y ojos azules, y hasta pensé que podría ser descendiente de ciertos americanos que se fincaron en Jinotega durante la guerra civil de los Estados y que posteriormente dejaron el lugar. Encontré, sin embargo, alguna gente vieja con las mismas facciones, distintivas de cierto ancestro que no es el español, indígena o negro, y me inclino a pensar que al desbandarse los bucaneros de Morgan, a fines del siglo XVII, muchos de ellos hayan buscado refugio remontando el río Grande y el Coco. Conocían muy bien estos ríos por los cuales hicieron incursiones para asolar las colonias españolas de la vertiente del Pacífico. En 1688 un cuerpo de cerca de trescientos piratas, franceses e ingleses, desertó sus navíos en el golfo de Fonseca, abriéndose paso a través del país y descendió por el río Coco hasta el Atlántico. Los naturales de Matagalpa y Segovia, de pelo claro y ojos azules, son probablemente los descendientes de los proscritos que pasaron por esas provincias en su camino de un océano a otro.

Jinotega está agradablemente situada y tiene muchas ventajas sobre otros pueblos nicaragüenses. Su clima es templado y moderadamente seco; el suelo muy fértil. Los pinares de los alrededores proveen de combustible y luz. Los pastos abundan y dos millas abajo del pueblo, el valle desemboca en anchos “campos,” cubiertos de grama, donde se crían caballos, ganado y mulas en gran número.

El camino baja por el valle. A ambos lados de las serranías que lo circundan, había muchos parches cultivados y vimos familias completas—hombres, mujeres y niños—desyerbamos entre los maizales. Unas pocas lloviznas cayeron durante la noche infundiéndoles esperanzas de salvar la cosecha. Pasamos por una villa llamada Apanás, y cruzamos directo a través de las planicies hasta alcanzar, en el otro extremo, unas serranías de cumbre plana, cubiertas por árboles pequeños y matorrales, entre los cuales se encontraban muchos claros plantados de maíz y

bien cercados. Pasando sobre un terreno ondulado, entre cerros cubiertos de robledales y valles con buenos pastizales, alcanzamos, a eso de las dos, San Rafael,¹³³ pueblecito cuyas casas se agrupan en torno de una plaza, frente a una iglesia con su aspecto de establo. Como de costumbre, la población mestiza estaba hundida en la pereza y en la penuria.

Paramos en una casa para tomar “tiste,” cuando nos detuvo un remilgado hombrecito que se identificó como el secretario del juzgado y dueño del “estanco,” de hecho el mandamás del pueblo, quien se puso a nuestras órdenes. Nosotros no deseábamos nada, excepto beber tranquilamente nuestro tiste. Teníamos interés en visitar una caverna en la vecindad, de la cual ya nos habían hablado. Nuestro amigo sabía todo lo concerniente al lugar y nos consiguió un muchacho que nos mostraría el camino por dos reales. Bajo su guía cruzamos una quebrada y pasando por un pinar pronto llegamos a la caverna, que estaba en un farallón que caía en un riachuelo. Se trataba de una pequeña caverna, de unos veinte pies de profundidad, excavada en un conglomerado arenoso, probablemente por la acción de la quebrada cuando corría a un nivel más alto. Escarbé un poco en el piso, sin disponer de mucho tiempo: no encontré nada. Había signos de reciente ocupación, pues las paredes y el techo estaban ennegrecidos por el humo, y se encontraban esparcidas numerosas conchas de la *Melanea* común de agua dulce. Nos dijeron que los indios la usan cuando viajan y durante la última revolución los habitantes de San Rafael escondieron en ella sus valores, aunque no acierto a ver en qué pudieran tales consistir.

Al dejar la caverna, el guía nos puso sobre un camino equivocado y no descubrimos el error sino hasta que habíamos viajado un par de millas. Cuando llegamos a algunos ranchos, entre el bosque de pinos, nos dijeron que el camino a Ocotal distaba una media milla y que teníamos que cruzar una corriente y una serraña empinada en el lado opuesto. O regresábamos a San Rafael

¹³³ San Rafael del Norte (NT)

para tomar el camino adecuado o atravesábamos la serranía directamente hasta dar con el camino. La última parecía una empresa difícil de superar, pero la intentamos. La cuesta era muy pendiente y rocosa, y aunque entre los pinos no había matorrales, las bestias tropezaban y resbalaban forcejeando para trepar hasta la cumbre; poco después recuperamos el camino.

Viajamos a continuación sobre serranías escarpadas, compuestas por grandes bloques de arcilla, semejantes a las morrenas, que encerraban grandes piedras angulares. Pinares y robledales cubrían las alturas, revestidos por grandes flecos y festones de tillandsias, con aspecto de musgos. Muchas epífitas crecían sobre los robles, entre los que colgaban, en espigas de seis pies de largo, las moteadas flores amarillentas de una orquídea.

Unas cinco millas después de haber reasumido el camino llegamos a la cumbre de unas colinas, coronadas por una sencilla choza. La noche avanzaba y estaba lloviendo; además se nos había advertido sobre el mal estado del camino más adelante, así que determinamos pernoctar allí, aunque la idea no lucía muy halagadora que se dijera. La choza tendría unos veinte pies cuadrados, con un pequeño cobertizo anexo que servía de cocina. El suelo era de tierra apisonada, cubierta de olotes y otros desperdicios. No existían muebles, salvo algunos camastros rudos, hechos de cueros extendidos sobre estacas. No había un taburete, ni siquiera un tronco o taco de madera para sentarse. Esta miserable choza estaba habitada por tres familias, formadas por nueve individuos entre hombres, mujeres y niños. La tierra del contorno parecía estéril. Un parche de bosque frente a la casa, sobre la pendiente inclinada que daba hacia un valle, estaba aclarado y plantado de maíz y sorgo. Nos dijeron que había otras pocas casas valle abajo, pero los habitantes de esta choza padecían de una miserable pobreza. Decía yo a Velásquez que esta gente debía de haber nacido en ese lugar, porque difícilmente ocurre que alguno de montaña afuera hubiera ido a fincarse en tal sitio. Al preguntar, supimos que todos eran naturales del lugar, nacidos dentro del radio de una milla del rancho. El tiempo estaba más

frío que lo normal y caía una lluvia pertinaz, mientras un viento alto silbaba entre los pinos. Cerdos, perros y gallinas se cruzaban por doquier, siendo el único signo halagador el brillante flamar y el fragante olor de las astillas encendidas del ocote. Pregunté a uno de los hombres si prefería este lugar a vivir en Jinotega, donde las fértiles laderas y planicies empastadas habían deleitado nuestros ojos. El respondió que sí, porque el aire era más fresco y más libre de fiebres.

Nos echaron algunas tortillas y bebimos el té que llevábamos. La única cosa ingeniosa, en ese lugar, era una especie de horno de arcilla, en forma de domo, con dos agujeros encima, como la estufa para cocinar, donde se colocaban las ollas. Me metí en mi hamaca muy temprano, con ropas, botas y mi capote bien abotonado, pues el viento frío penetraba soplando por diversas ranuras y el tejido abierto de la hamaca, aunque cómodo en tierra caliente, poco protege contra el frío de la montaña. Algunas estacas se clavaron en la entrada, cerrando el paso parcialmente, pero algunos cerditos se colaron, hozando y gruñendo entre nuestro equipaje toda la noche.

A la primera luz del alba de la mañana siguiente nos levantamos tiesos, friolentos y entumecidos, y tomamos café para calentarnos algo. Miramos un poco a los alrededores, que nos parecieron mejor que la noche anterior. Se trataba de un lugar muy desolado, con escaso zacate; un pobre jamelgo se acercó para recibir una pequeña ración de maíz.

La gente de las regiones montañosas de Europa no podría, aunque quisiera, tomar posesión de las tierras en los fértiles valles, que están siempre ocupados; pero en las provincias centrales de Nicaragua la mayor parte de la tierra no tiene dueño, y la gente puede, si le parece, asentarse en lugares, donde con medio día de labor que malgastan en las aristas desabrigadas de las montañas, podrían vivir en la abundancia. Desgraciadamente nacieron y se criaron donde viven, y sujetos a la fuerza de la costumbre, se apegan a su solar; no es de extrañarse que vivan, generación tras generación, en sus yermas tierras. Me imagino que si los lle-

varan a las tierras bajas regresarían a sus montañas, a respirar la fragancia de los pinares y a escuchar de nuevo el silbido del viento entre las ramas.

He hecho notar cómo los indios se aferran al mismo lugar, a través de las generaciones, aun cuando un corto desplazamiento podría serles más ventajoso. Me temo que existe una razón menos sublime, que nada tiene que ver con el amor al terruño, y que es su innata y bien confirmada pereza. Ellos rehuyen cualquier trabajo que no se vean obligados a realizar. Sirva de ejemplo el hecho de que nadie, en las dos generaciones que han habitado el rancho, se ha preocupado de llevar un tronco que sirva de asiento; y la posibilidad de una mesa está más allá del más exuberante sueño de comodidad. Un aguacate crecía frente a la puerta, única fruta que vi en la región, y estaba casi destruido de tantas cuchilladas que le inferían para recuperar el plomo, por demás escaso, de las balas que le disparaban al usarlo como blanco. Sin embargo a veinte pasos del rancho había abundancia de pinos que igualmente podrían servir de blanco, pero eso significaba tener que caminar unas pocas yardas más.

¿Cómo es que tal lugar fue inicialmente escogido para vivir en él? Todos los nombres de los lugares en la vecindad son indígenas y posiblemente en tiempos remotos cuando había continuas guerras entre las tribus, algunas que quedaron, conquistadas y casi extinguidas, escaparon a las montañas y ocuparon aquella localidad, compelidas por la necesidad de estar seguras, que de otra manera nunca las hubieran escogido. A medida que nacían nuevas generaciones, estos cerros coronados de pinos llegaron a constituir su terruño y primogenitura.